

Max Black *

OBSERVACIONES CRÍTICAS A LA TEORÍA DE CHOMSKY

Las ideas, estimulantes y sugestivas, de Noam Chomsky sobre la teoría lingüística merecen un análisis más elaborado y sistemático que el que yo puedo hacer aquí. Ofrezco las observaciones siguientes sin espíritu de polémica gratuita, con la esperanza de subrayar algunas de las cuestiones principales que es probable que necesiten más atención en una evaluación comprensiva de la posición de la lingüística transformacional. Muchas de estas cuestiones han sido ya, por supuesto, consideradas por Chomsky y sus colegas.

1. *¿Qué se propone una gramática formal de una lengua?* Una forma de concebirlo es la siguiente: empezamos con una clase infinita de oraciones o, más en general, con una clase infinita de ‘cadenas’ lineales de signos, construidas a partir de un conjunto finito de constituyentes atómicos (palabras u otros elementos, los cuales se consideran indivisibles en gracia al análisis gramatical). Buscamos luego un modo simple y necesariamente finito de caracterizar a los miembros de esa clase de cadenas. Es decir, buscamos un conjunto de condiciones necesarias y suficientes para que algo sea un miembro de la clase dada. Más específicamente, esperamos acabar dando con un conjunto finito de reglas que generen exactamente aquellas cadenas que pertenecen a la mencionada clase. En gracia a la simplicidad, ignoraré aquí la tarea, igualmente importante y fundamental, de generar la ‘estructura de frase’ de las cadenas, es decir, la tarea de mostrar las estructuras internas de los subelementos de una oración dada, así como las categorías morfológicas a las que pertenecen esos subelementos.

Una analogía simple puede ayudar. Supóngase que la clase inicial de cadenas consiste en secuencias lineales de los símbolos *a* y *b* con posibles repeticiones, limitadas únicamente por la condición de que no haya ‘secuencias triples’ de la forma *XXX*, donde *X* representa cada vez la misma secuencia de símbolos. De este modo, *a*, *bb*, *aaba*, *ababa* son miembros de la clase, pero no lo son *bbb*, *baaa*, *abababa* y *bbabbabba*. Preguntamos cuál es el conjunto de reglas que genera exactamente las cadenas de *aes* y *bes* que pertenecen a la clase descrita. (La solución, incluso en este sencillo ejemplo ilustrativo, no es, de ningún modo, obvia.) En este caso, la ocurrencia de una ‘secuencia triple’ corresponde a la *no gramaticalidad* del lenguaje natural. Los criterios de no gramaticalidad son, por supuesto, ínmensamente más complejos que el de la presencia de una secuencia triple.

2. *¿Qué tipo de problema es el que presenta una gramática formal específica?* En mi sencilla analogía se trata claramente de un problema para la matemática pura. El problema de hallar un conjunto adecuado de reglas generativas puede resolverse sin que haya que ocuparse de ningún posible uso de las cadenas de *aes* y *bes* y sin prestar ninguna atención a las representaciones físicas de las estructuras abstractas investigadas. Sin embargo, al escribir una gramática generativa en el sentido propio de la palabra, las cosas no son tan simples. La cuestión de si hemos de considerar o no una cadena de morfemas como gramatical (admisible) es algo que se determina no mediante un simple criterio formal, como en el ejemplo, sino por el veredicto de alguien que sea suficientemente competente en

el uso de la lengua en cuestión - a menudo el investigador mismo que actúa como su propio informador. En este caso existe un vínculo con algún tipo de verificación.

La gramática resultante puede, por tanto, ser considerada, con gran plausibilidad, como una teoría matemática de una clase de fenómenos empíricos bien definidos. A algunos gramáticos les gusta comparar una gramática descriptiva con una teoría física sencilla. La gramática es a la conducta hablada lo que, por ejemplo, las leyes de Kepler son a los movimientos de los planetas. Ambas son teorías relativas al mundo real; si bien es cierto que ambas comercian con idealizaciones y abstracciones, también lo es que están sujetas a un control estricto, aunque indirecto, por parte de los hechos empíricos.

3. *¿Qué grado de idealización hay?* Chomsky pretende caracterizar la conducta de un hablante ideal que domine perfectamente la sintaxis y la morfología y que esté libre de fallos memorísticos, no cometa pequeñas equivocaciones, ni muestre otras de las irregularidades e inconsistencia que distinguen la ‘actuación’ real de la ‘competencia’ ideal. Este grado de idealización no parece más sospechoso que el de los físicos cuando hablan de gases ideales o de fluidos perfectos. Sin embargo, puede ser importante recordar cuán lejos se está de hablar gramaticalmente, incluso en actuaciones tan relativamente formales como son las charlas y conferencias. Escuchar una conversación típica es recordar vívidamente la gran distancia que separa la competencia ideal de la actuación real.

Un tipo de idealización que crea más problemas es el que se origina con el supuesto según el cual las oraciones pueden ser arbitrariamente largas y poseer no importa qué grado de complejidad interna. La cantidad de lo que podría llamarse ‘distanciación teórica’, que de este modo se introduce, puede ser importante. El concepto mismo de oración tiene ya algo de artefacto de gramático: no es, en absoluto, fácil dividir el habla en oraciones sin basarse en alguna gramática previamente disponible. Las expresiones reales se delimitan de un modo indeterminado, aun cuando provengan de hablantes de un estilo tan pulido como Faulkner. Un hablante no puede producir una expresión infinitamente larga, del mismo modo que una persona no puede andar una distancia infinitamente larga. Existen límites pragmáticos para la longitud y la complejidad de tales episodios: si alguien prolonga demasiado sus expresiones, violará el grado de comprensión básica necesario para mantener una relación viable entre hablante y oyente. Si yo dijera, en un contexto natural: ‘César y Nelson y Atila y...’, con la intención inusitada de usar cien nombres propios en la frase-sujeto, mi interlocutor dejaría muy pronto de entender qué es lo que yo estaba haciendo. El decir que una gramática ‘describe’ la conducta lingüística de hablantes ideales puede ser una útil ficción teórica, pero es necesario tener bien claro cuán lejos nos estamos situando de la confirmación empírica directa. El supuesto de la longitud infinita de las oraciones podría compararse con el de la indivisibilidad infinita de la materia (o con el supuesto, que se hace en ciertas formas de la teoría de la probabilidad, de series infinitas de tiradas de monedas o de otros mecanismos de azar). Ambos son útiles para simplificar el trabajo inicial de la teoría; pero los dos plantean problemas de verificación parecidos.

4. *¿Cómo se verifica una gramática descriptiva?* A la luz de lo que se ha dicho, sería erróneo pensar que las reglas generativas de una gramática predicen de un modo sencillo la conducta lingüística. Puede considerarse que las leyes de Kepler predicen, en sentido propio, ciertos movimientos planetarios, porque las órbitas pueden ser observadas

directamente. Pero las afirmaciones relativas a oraciones infinitamente largas son como las afirmaciones de la teoría de la probabilidad cuando utilizan la cláusula ‘a la larga’. A la larga, como nos recordaba Keynes, todos estaremos muertos; también, a la larga, todos estaremos en silencio.

Parece que se trata de que el control empírico para una teoría gramatical no lo constituye tanto lo que las personas dicen en el lenguaje-objeto cuando hablan, por ejemplo, de barca y de pasta para tapar agujeros, como lo que dicen en un metalenguaje gramatical cuando hablan como gramáticos *amateurs*. El problema de la gramaticalidad de mi oración de cien nombres se ha de solucionar acudiendo a un informador que actúe como juez gramatical: el caso no consiste en saber cómo *respondería* a la oración larga, sino cómo *responde* a su breve descripción. Se apela a un árbitro, no a uno de los jugadores - aunque sea la misma persona la que juegue los dos papeles.

Por tanto, a mí me parece que, en tales casos, estamos contrastando el conjunto de reglas generativas propuesto por el gramático contra otro conjunto menos sistemático de reglas en embrión y a medio explicitar. El camino de la verificación pasa de ciertas reglas a otras ciertas reglas, no de ciertas reglas a una actuación hipotética e idealizada. Ahora bien, por supuesto que nos gustaría hacer algo más que esto, a saber, proporcionar una teoría sobre la lengua misma, no una teoría relativa a las ideas que sobre la lengua tiene el que la usa. Pero ¿cómo se puede hacer esto? ¿No existe el peligro de revivir y extender meramente un conjunto de reglas que se aprendió en las aulas? El tipo de verificación de que se trata aquí me parece diferente de un modo interesante al que existe en el caso de la física. No podemos preguntarle a un planeta cómo cree él que debería comportarse en situaciones que no se dan de hecho; sin embargo, esto parece ser lo que hacemos cuando consultamos a un ‘informador’ nativo.

5. *¿Explica algo una gramática particular?* Sea cual fuere su valor, las leyes de Kepler no explican los movimientos de los planetas en ningún sentido de la palabra ‘explicar’ que sea medianamente útil; simplemente, reemplazan una descripción cruda y asistemática (‘esas órbitas’ o ‘las órbitas que se conforman a estos datos’) por otra descripción que presenta de un modo conciso algunas propiedades matemáticas de las órbitas. Lo mismo se aplica, *mutatis mutandis*, a las reglas que constituyen una gramática generativa específica. Nuestras toscas ‘intuiciones’ iniciales relativas a qué es lo que debe ser considerado como gramatical, o a la inversa, se sustituyen por un conjunto de reglas precisas y explícitas que generan (de un modo aproximado y con cierto grado de idealización) una clasificación correspondiente. Esto da como resultado una visión más sistemática de las conexiones estructurales; podemos decir que proporciona razones inteligibles para lo que anteriormente parecíamos hacer por una especie de instinto. Pero ‘explicación’ a duras penas parece la etiqueta adecuada. Si usamos aquí la palabra, ¿qué nos queda para describir nuestros intentos de dar cuenta a niveles teóricos más profundos de las propias reglas gramaticales superficiales? ¿Tendremos que hablar de ‘explicar una explicación’?

Una gramática generativa puede, desde otro punto de vista, ser considerada como equivalente, en eficacia teórica, a un sistema de axiomas. Yo, por mi parte, no consideraría que un sistema de axiomas para la geometría plana, o, para el caso, para la conducta de votación en comités, *explique* nada. Pero si a esto le llamamos explicar, haremos bien en

darnos cuenta de que no se trata de un proceso de la clase de los que reducen la disparidad que se origina en los intentos de solucionar un problema, ni del tipo causal que es común en las ciencias de la Naturaleza.

Yo sugeriría que se trata de un proceso de *codificación*. El gramático descriptivo es como el que trata de explicitar las reglas de un juego cuyos jugadores no tienen un código explícito al que recurrir: es el Hoyle de la conducta hablada. O también es como el teórico jurídico que trata de hacer explícito un código jurídico para algún país en el que durante mucho tiempo los demandantes y acusadores se han comportado *como si* estuviesen controlados por reglas explícitas.

No sé con qué carga querría Chomsky emplear los términos ‘regla’ y ‘conducta gobernada por reglas’. Una distinción radical entre una regla y una regularidad que, también por otros motivos me parece deseable, reforzaría las afirmaciones que he hecho acerca de los tipos especiales de verificación y explicación de los que aquí se trata.

6. *¿Qué limita las posibilidades de elección entre gramáticas?* Debe ser inmediatamente obvio que el problema, que se ha utilizado como ejemplo, de las cadenas *a-b* puede ser resuelto de muchos modos diferentes. En efecto, cualquier conjunto de reglas puede ser transformado siempre en otro conjunto que tenga el mismo poder lógico. Algunas soluciones parecerán más simples que otras, pero nadie ha dado todavía un análisis plausible de qué es lo que se quiere decir con ‘simplicidad’ en tales contextos.

A dos conjuntos de reglas que generen los mismos conjuntos de oraciones admisibles llamémosles conjuntos *productivamente equivalentes*. Podemos ver que la codificación de la gramática de una lengua dada podría tener como resultado muchos sistemas diferentes de reglas gramaticales que fueran productivamente equivalentes. Como es sabido, se puede formular un sistema axiomático para la geometría plana, utilizando como noción primitiva únicamente la noción de ‘círculo’ o, alternativamente, sólo la noción de ‘línea’ (con cambios correspondientes en los axiomas); análogamente, puesto que esto es válido de un modo totalmente general, habrá muchos modos de presentar una gramática. En particular, podemos prescindir de la noción de ‘regla’ para separar lo gramatical de lo no gramatical y revelar la estructura gramatical de las oraciones admisibles, podríamos utilizar conjuntos, funciones u otras ideas organizativas que un matemático profesional podría producir con facilidad. La organización matemática no está nunca determinada por los datos extramatemáticos.

En tanto en cuanto nos limitemos a los intereses teóricos de los gramáticos, la elección entre estas alternativas estará dictada por la conveniencia, la facilidad de uso y la fertilidad heurística. El lingüista puede escoger una gramática con la cual se le haga fácil trabajar, o que le parezca útil para sus trabajos de campo, sugerente para los experimentos, etc. El modo de describir los movimientos celestes es, desde luego, algo indiferente a los planetas mismos: si encontramos menos engorroso utilizar secciones cónicas en vez de círculos y epiciclos, o ecuaciones integrales en lugar de ecuaciones diferenciales, esto es asunto nuestro. Pero en cuanto al habla, donde algunas reglas son, en algún sentido, difícil de precisar, reconocidas por los hablantes mismos, el caso es diferente. Algunas reglas, que podían proporcionar codificaciones elegantes de las relaciones gramaticales, no pueden ser

utilizadas por los hablantes normales. Chomsky no ha supuesto nunca que el hablante normal construye sus oraciones siguiendo una representación canónica de la estructura gramatical. El hablante medio no empieza, excepto en casos muy especiales, con la categoría de oración, procediendo luego por bifurcación en sujeto y predicado, a continuación con frases nominales, frases verbales, etc., para terminar, tras muchos pasos intermedios, con las palabras deseadas en un orden adecuado.

Parece, pues, que nos hallamos frente al espinoso problema de reconstruir las gramáticas que utilizan en realidad los hablantes y oyentes. La naturaleza de tal tarea no está, en absoluto, lo suficientemente clara. Sin embargo, es necesario realizar el intento si queremos que la gramática del teórico sea algo más que un aparato para ‘salvar las apariencias’. Será necesario pasar del álgebra a alguna ‘realidad’ psicológica, sea lo que fuere lo que queremos expresar mediante una palabra tan dudosa como indispensable.

7. *¿Cómo podemos pasar de la gramática matemática a la psicología?* Tal como he argüido, una gramática transformacional puede ser considerada como una construcción matemática, sugerida por los veredictos seleccionados de informadores cualificados. De manera que las principales premisas de Chomsky, que voy a dar sin más por bien fundadas, me parecen premisas matemáticas, al ser de la forma: tales y cuales cosas serán exactamente suficientes para generar tal y cual clase de oraciones (estructuras abstractas sugeridas por expresiones que los hablantes competentes certificarían como ‘correctas’). Sin embargo, Chomsky finaliza con conclusiones *psicológicas* y *epistemológicas*. Si su razonamiento es válido, han debido de introducirse algunas premisas psicológicas y epistemológicas a fin de garantizar la transición; no está claro, para mí, cuáles son estas premisas adicionales. Sin duda podrán hallarse entre las numerosas discusiones de Chomsky sobre su posición, pero no alcanzo a verlas tan claramente como sería mi deseo.

8. *¿Debemos ser racionalistas?* La conclusión más desafiante que Chomsky extrae de su concepción del lenguaje y de la metodología adecuada para la ciencia lingüística es la necesidad de volver a algo parecido a la posición del racionalismo clásico. Pero nunca nadamos dos veces en la misma tradición: el racionalismo que Chomsky recomienda difiere en algunos aspectos importantes de la posición de racionalistas tan paradigmáticos como Descartes, Leibniz o Kant.

Tal y como yo los entiendo, estos antiguos defensores de la doctrina de las ‘ideas innatas’ consideraron el intelecto, de un modo típico, como fuente de principios *necesarios*, supuestamente imprescindibles para la organización y dominio cognoscitivo del mundo externo. A tales principios se les consideraba como lógicamente independientes de la experiencia, precisamente porque se creía que se los ‘intuía’ con certeza. Si la experiencia nos da únicamente lo provisional y corregible, y si, por otro lado, nos encontramos en posesión de verdades apodícticas, debe de haber alguna otra fuente de conocimiento que sea no-experiencial e infalible. La convicción, por parte de los racionalistas, de la existencia de un conocimiento irrefutable de la verdad necesaria de principios como el de causalidad universal, el de la tridimensionalidad del espacio, etc., era su principal razón para negar la soberanía de la experiencia. Esto está muy lejos del clima en el que se desenvuelve el pensamiento de Chomsky.

Chomsky es un racionalista, pero con una diferencia: no puede pensar que se conozcan los principios de la 'gramática universal' (que todavía esperan, en lo que se me alcanza, a ser puestos al descubierto) en un sentido parecido al clásico. Se supone que actúan a un nivel tan alejado de la conciencia que es una dura tarea el formularlos, y no digamos ya si de lo que se trata es de darlos por buenos. Tampoco considera Chomsky los principios básicos como necesarios en el sentido lógico, puesto que insiste en la existencia de muchas alternativas concebibles, aunque no se den de hecho.

Dadas estas diferencias doctrinales de largo alcance, me parece algo tendencioso, desde un punto de vista histórico, apropiarse del enmohecido rótulo 'racionalismo' para un punto de vista filosófico tan transformado en contenido e intención. Sospecho que este caso de afiliación seudohistórica se introduce principalmente *pour épater les empiristes*.

La disputa más auténtica entre Chomsky y sus críticos es la relativa a cómo se ha de distribuir la responsabilidad de la adquisición del lenguaje entre el aprendizaje y la dotación biológica antecedente. (Hablando a *grosso modo*, ¿cuánto es lo que podemos esperar de los genes?) Chomsky es un 'innatista' más bien que un racionalista.

Ahora bien, tal como se expresa en sus términos más generales, la vieja disputa entre innatistas y empiristas no tiene ningún interés. Todo el mundo puede estar de acuerdo en que la noción de una *tabula rasa* perfecta es absurda y que también lo es la de una *machina immaculata*. ¡Ni siquiera una hoja de papel en blanco permite escribir en ella cualquier cosa! La única cuestión interesante es cuánto es lo que un niño puede aprender de la experiencia y *cuánto más* es lo que se le debe atribuir a su dotación innata para que el aprendizaje sea posible.

Debo decir que me parece que Chomsky opone un empirismo anticuado e ingenuo (hablando a grandes rasgos, el sensacionalismo de Hume o su pervivencia moderna en la psicología del estímulo-respuesta) a un 'racionalismo' complejo y puesto al día del que el mismo Leibniz se desentendería. Por supuesto, cuanto más pobre sea el concepto que tenemos de la experiencia, más tentador será el sucumbir al innatismo o al racionalismo. Pero no es necesario que el aprendizaje a partir de la experiencia se construya sobre el modelo simplista de la asociación por contigüidad y semejanza de datos sensibles lógicamente independientes; tampoco es necesario que el poder generalizador del organismo haya de estar restringido a una inducción a lo Bacon. La percepción de las relaciones espaciales y la emergencia de conceptos, procesos intrínsecamente productivos al ser aplicables a nuevas instancias, se encuentran en la experiencia en la misma medida, como mínimo, que el reconocimiento inmediato de manchas de color. Yo dudaría en localizar cualesquiera aspectos de la experiencia, así, tan generosamente construida, 'en el organismo' sin datos que lo apoyasen sustancialmente.

Tales datos serán difíciles de hallar, puesto que, según las opiniones de Chomsky, las disposiciones latentes, que ya no son accesibles a la observación directa, necesitan ser activadas por la experiencia inmediata. Puesto que, en el mejor de los casos, sólo podemos observar ciertas pautas complejas de conducta (que incluyen una capacidad productiva para generalizar), las cuales exigen un adiestramiento previo, es difícil ver cuál es el papel que desempeña la hipótesis de la existencia de estructuras innatas. En la ciencia natural, la

referencia a disposiciones y capacidades es, usualmente, un pagaré que alguna estructura interna identificable tiene que hacer efectivo: si afirmamos seriamente que un determinado trozo de metal es elástico, ello es debido a que esperamos encontrar en su interior una configuración relativamente estable, lo que revelará que el término disposicional es algo más que un modo abreviado de hablar de conexiones del tipo si-entonces entre fuerzas aplicables y reacciones. Pero no hay ninguna posibilidad seria de que, en el momento actual, podamos hallar tales configuraciones internas en los organismos humanos: a duras penas si sabemos qué es lo que estaríamos buscando y dónde buscarlo. En lo que toca al estímulo para la investigación, el 'innatismo' me parece un callejón sin salida, mientras que el 'empirismo' (la atribución provisional del aprendizaje a algo, todo lo complejo que se quiera, detectable en el adiestramiento) sugiere programas de investigación de los que puede esperarse que lleven al descubrimiento de datos interesantes. Puede que Chomsky esté pecando contra una versión especial de la navaja de Ockam, que reza: 'Las dotaciones innatas no han de ser multiplicadas sin necesidad.' Todavía tengo que ser convencido de la necesidad.

9. *¿Son aceptables las razones en favor del innatismo lingüístico?* Las razones que ofrecen los neoinnatistas se pueden clasificar como sigue: (a) la presencia en todas las lenguas de ciertos universales; (b) la facilidad con que los niños pequeños aprenden una lengua (incluyendo un notable dominio de la gramática) y la dificultad con que, en comparación, la aprenden los adultos; (c) la dificultad de dar cuenta de estos hechos mediante una concepción 'inductiva' de los procesos de aprendizaje.

Ahora bien, en cuanto a la presencia de universales lingüísticos, yo soy un tanto escéptico sobre la fuerza que pueden tener los datos disponibles. Por un lado, existe el riesgo de que el argumento que parte del examen de las lenguas conocidas sea una tautología. Los universales que imaginamos encontrar pueden ser, simplemente, parte de nuestros criterios sobre qué es lo que *ha de ser considerado* como lenguaje. Considérese el carácter sorprendentemente particular de todas las lenguas conocidas al nivel de la fonología y de la morfología. Podemos tomar la decisión de excluir, por no lingüísticos, otros modos de comunicación, por ejemplo, la comunicación mediante gestos que estén sometidos a variación continua; pero ¿es eso algo más que una definición arbitraria? Sería ciertamente implausible el argumento en favor de una verdad general, relativa a los seres humanos, partiendo de algún componente de una definición o del análisis parcial de un concepto. Y el hecho de que los seres humanos utilicen, al parecer, sin excepción sistemas lingüísticos particulares, quizá pueda explicarse más plausiblemente sobre la base de la eficiencia obvia de tales sistemas que invocando la correspondiente predisposición biológica. La utilización de palancas es casi universal entre los seres humanos, pero el que postulara una dotación específica correspondiente no sería precisamente un gran pensador.

Los ejemplos de universales lingüísticos que Chomsky, al menos provisionalmente, considera innatos me parecen más bien implausibles. Se podría esperar que cualesquiera tales principios fueran casos especiales de modos más generales de responder a la experiencia y de estructurarla. ¿Quizá haya universales del simbolismo?

Las razones en favor de la facilidad de los niños en adquirir el lenguaje son sin duda más fuertes. Pero dejando a un lado detalles no esenciales, como la corrección del acento, ¿son

las razones tan buenas como se supone? Muy poco es lo que se sabe en la actualidad sobre cuánta gramática aprenden realmente los niños en sus años de formación. Pero supóngase, en gracia a la argumentación, que hay un período en la primera infancia en el que los niños pueden aprender a hablar más fácilmente que en años posteriores; ¿qué es lo que esto demostraría? Los niños pequeños pueden probablemente aprender a nadar más rápidamente que los adultos; sin embargo, en este caso, la inferencia innatista parece inviable. Un antiinnatista podría tratar de argumentar que las variaciones en las condiciones externas favorables, tales como las ventajas obvias del aprendizaje de una primera lengua, la influencia de los adultos, etcétera, son suficientes para explicar la diferencia de que se hablaba en cuanto a facilidades para el aprendizaje. El hecho de que un antiinnatista pudiera replicar de este modo, o mediante una versión más elaborada de su posición, sugiere que la disputa no es, después de todo, claramente empírica. Puede que sea más bien un conflicto entre dos metodologías que una disputa entre dos teorías.

Finalmente, podría sostenerse que la dificultad de dar cuenta de la adquisición del lenguaje sobre la base del análisis inductivo de los datos (dadas las instancias de actuación lingüística tan sumamente fragmentarias y ‘degeneradas’ a las que el niño se ve expuesto) hace imposible cualquier explicación, a excepción de la posesión de una dotación innata. Este argumento tiene todas las debilidades de cualquier conclusión *ab ignoratia rationis*. ‘¿Qué otra cosa *podría* explicarlo?’, es demasiado a menudo un signo de falta de imaginación por parte del que hace la pregunta como para inspirar mucha confianza. Supóngase que encontrásemos una piedra rayada de un modo tan intrincado que no fuéramos capaces de concebir cómo podrían las influencias del medio haber conducido a este resultado: sería efectuar un salto temerario creer que hay algo en la piedra misma a lo que se debe el rayado. Ahora bien, la argumentación a partir de la incapacidad de comprender cómo la inducción puede servir a las necesidades del que aprende no es necesariamente más fuerte: ¿estriba el fallo quizá en la crudeza de nuestro concepto de inducción o, más en general, en nuestro concepto de experiencia?

10. *¿Una posible incoherencia?* Terminaré exponiendo una duda relacionada con una afirmación anterior mía sobre la contingencia lógica de los principios postulados de la gramática universal. Chomsky nos habla de algunos de los principios (o modos de organización) alternativos que *no* se usan en las lenguas que conocemos. Llamemos *no-naturales* a tales principios. ¿Se nos pide que creamos que los seres humanos no pueden *de hecho* usar principios no-naturales, a pesar de cualesquiera inconvenientes, y hacerse todavía entender? Si es así, dudo de cómo podamos saberlo sin tratar de comprobarlo. Pero supóngase que resultase, como muy bien pudiera ser el caso, que pudiéramos hablar y hacernos entender utilizando principios no-naturales. En ese caso, según el enfoque de Chomsky, tendríamos que postular algún tipo de disposición de orden más alto que modificara las disposiciones de primer orden que muestran las capacidades lingüísticas ‘naturales’. Lo cual se parece sospechosamente a una *reductio ad absurdum*.

Me parece que Chomsky está en la misma posición que otros pensadores (como Karl Mannheim y Whorf) que han afirmado haber descubierto limitaciones generales en las capacidades humanas: en el curso de la descripción de las limitaciones en cuestión muestran, con su propia discusión, cómo escapar a ellas.

Podría, por tanto, ser posible hallar una refutación empírica de la posición de Chomsky, enseñando a los niños o a los adultos a violar los principios de la gramática universal. Puesto que los seres humanos parecen bastante eficientes cuando de romper reglas gramaticales se trata, creo que no es imposible que tal experimento tuviese éxito. Al menos sería interesante tratar de hacerlo.

11. *¿Existe una solución sencilla?* Mi lista de preguntas puede haber hecho que los puntos en discusión entre los gramáticos transformacionales y sus críticos parezcan más sencillos de lo que en realidad son. Los chomskyanos me reprocharán, sospecho, que espero demasiado de una reorientación teórica al pedir una verificación empírica punto por punto. La prueba debe darse respecto a su adecuación teórica global frente a las alternativas disponibles. Estoy a favor de esta posición. La actual boga de la gramática transformacional es sintomática, al menos en América, de una rebelión entre los lingüistas contra el abandono algo doctrinario de la teoría por parte de la generación anterior influenciada fuertemente por gigantes del tipo de Boas, Sapir y Bloomfield. Con todos los enormes méritos de la investigación empírica que estos pioneros inspiraron, no puede negarse que demasiado a menudo acentuaba lo descriptivo a expensas de lo explicativo. Sean cuales fueren los puntos débiles de detalle, el punto de vista que se esboza en el artículo de Chomsky ha tenido el gran mérito de revivir el interés en esos temas tan largamente olvidados y tan fundamentales.

* En R. Borger y E. Cioffi (compiladores), *La explicación en las ciencias de la conducta*, Alianza Universidad, Madrid, 1974 (© Cambridge University Press, 1970).